

sonas divinas contribuyen á las operaciones producidas fuera de su naturaleza. Verdad es que la operacion verificada por las tres personas suele atribuirse á una sola de ellas; mas esto se dice por apropiacion, no porque se la suponga una accion propia de esta sola persona: así se atribuye y se apropia al Espíritu Santo la santificacion de las almas, no porque no sea obra de las tres personas divinas, sino porque los dones santificantes son para nosotros un testimonio de la bondad y de la caridad divinas, siendo el Espíritu Santo la persona á quien los sagrados Libros llaman bondad y caridad de Dios.

EL DR. No comprendo con bastante claridad la diferencia que estableceis entre *apropiado* y *propio*.

EL TEÓL. Con solo comprender el valor de los términos quedan desvanecidas todas las dificultades. Llámase *propio* lo que pertenece á una sola persona de la Santísima Trinidad, y *apropiado* lo que pertenece á las tres: así hallaremos en la Trinidad ciertos nombres y calidades propias de cada persona, con nombres y calidades apropiadas á cada una de las personas divinas. Comencemos por las primeras calidades. Hay tres que caracterizan á las tres personas divinas, distinguiéndolas realmente entre sí, y son: la Paternidad, que es propia del Padre; la filiacion, que lo es del Hijo, y la espiracion pasiva del Espíritu Santo; pero si se alterase este orden, atribuyendo á una persona la calidad que no le fuese propia, quedaria destruida la distincion de las personas, y por consiguiente el dogma de la Santísima Trinidad.

Vamos á examinar algunas perfecciones que son comunes á las tres personas divinas, pero que se apropian á alguna de ellas. Al Padre se le apropian la creacion y la omnipotencia: la creacion porque siendo el Padre en la Trinidad el principio de las otras personas, es natural atribuirle esta calidad de principio con respecto á las criaturas; la omnipotencia, porque esta calidad se observa con evidencia en todas las obras de la creacion. La sabiduria y la virtud de Dios se apropian al Hijo como al término del conocimiento mas ilustrado y perfecto, puesto que el Hijo es engendrado por el Padre como término de su entendimiento. La bondad se atribuye al Espíritu Santo, por ser efecto de la caridad, lo que concuerda con el perfectísimo amor del Padre y del Hijo, de donde procede el Espíritu Santo.

EL DR. Me parece que comprendo muy bien ahora la diferencia que hay entre las calidades propias y las calidades apropiadas; pero quisiera que me la mostrárais en los nombres de las personas divinas.

EL TEÓL. La primera persona lleva los nombres propios de Padre,

de innascible ó improducible, como tambien el de principio sin principio. Los nombres propios de la segunda persona son los de Hijo, porque procede del Padre por generacion, y de Verbo, por haberlo engendrado por el intelecto del Padre, aunque tambien se le llama imágen perfecta del Padre segun estas palabras de san Pablo: *La imágen perfecta del Dios invisible*<sup>1</sup>. Los nombres propios de la tercera persona son los siguientes: Espíritu, πνεῦμα, en griego, que significa viento ó sopro, porque lo produce la espiracion activa del Padre y del Hijo; amor ó caridad, por ser procedente del amor del Padre y del Hijo; finalmente don de Dios, ya porque el amor es el mas precioso de los dones, ya porque el Espíritu Santo procede del mas perfecto amor del Padre y del Hijo. Sin embargo no debe omitirse que las palabras Espíritu y amor se refieren tambien á la naturaleza divina, para manifestar la espiritualidad de Dios y el amor que profesa á las criaturas, porque Dios es Espíritu y caridad; y si á la palabra Espíritu acompaña la de Santo es por la santidad y pureza del amor del Padre y del Hijo, de donde procede el Espíritu llamado *Santo*.

Vamos á ver ahora cuales son los nombres apropiados á cada una de las personas divinas. Al Padre, por el hecho de ser principio sin principio, se le aplican los nombres de Criador, Omnipotente, y Padre nuestro; al Hijo se le llama Sabiduria y Virtud de Dios, y al Espíritu Santo se le apropian los nombres de Santificador, Vivificador, Paraclito ó Consolador, etc. Concluyamos con las exactísimas palabras del símbolo de san Atanasio, que serán como el resumen de esta larga conferencia: «La fe católica quiere que adoremos á un solo «Dios en la Trinidad, y la Trinidad en la unidad, sin confundir las «personas ni dividir la sustancia; porque la persona del Padre es una, «la del Hijo es otra, y otra la del Espíritu Santo; mas el Padre y el «Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, una gloria igual «y una majestad coeterna.»

#### CONFERENCIA IV.

##### ENCARNACION DEL VERBO.

EL DR. Habiendo procurado recogerme lo mas posible dentro de mí mismo para meditar en el objeto de nuestra última conferencia,

<sup>1</sup> Col. 1.

no he hallado en unas dificultades tan misteriosas las contradicciones que en otro tiempo creia descubrir en ellas, pues en la Trinidad, comprendida con arreglo á la creencia católica, todo está enlazado y coordinado de una manera admirable. La debilidad de nuestro entendimiento no puede desenvolver el misterio; pero si el hombre se halla en la imposibilidad de explicar muchos fenómenos puramente terrestres, no es maravilla que tampoco pueda sondear las profundidades de la naturaleza divina. Para completar estas explicaciones desearia que me hicierais el obsequio de amplificar lo que dijisteis sobre el modo con que se verifican la generacion del Hijo y la procesion del Espíritu Santo; pero tambien me tomo la libertad de preguntaros por qué razon no habeis sacado del orden natural alguna prueba y explicacion del misterio de la Trinidad.

EL TEÓL. Muy de intento me abstuve de hablaros directamente del modo cómo se verifican la generacion del Hijo y la procesion del Espíritu Santo. Lo mas cuerdo seria seguramente abstenerse de conocerlo, diciendo con Isaías: *La generacion suya ¿quién podrá explicarla?* (LIII); pero pues lo deseais, voy á deciros en pocas palabras cuál es la explicacion de los teólogos: «El Padre engendra al Hijo por un acto de entendimiento ó por medio del conocimiento, pues Dios, que necesariamente se conoce á sí mismo desde la eternidad, produce un término de este conocimiento, y este término es igual, subsistente é infinito como él. La sagrada Escritura atribuye al término del conocimiento del Padre los nombres de *su Verbo, su Hijo, su Sabiduría, la imagen de su sustancia, etc.*

«El Padre y el Hijo se aman necesariamente, porque el Padre ve á su Hijo, y el Hijo considera á su Padre como á su principio; pero el amor debe tener un término tan real como el acto del entendimiento, puesto que es un acto de la voluntad, y este término es el Espíritu Santo, procedente del amor mútuo del Padre y del Hijo.» No creo que el entendimiento quede enteramente satisfecho con esta explicacion de los teólogos; pero debemos decir con san Agustin: «Que tanto si lo comprendemos como si no, lo cierto es que el Hijo procede del Padre, y que el Espíritu Santo procede del Padre (y del Hijo); el primero por generacion, el segundo por procesion; pero, ¿quién es capaz de explicar en una naturaleza tan elevada la diferencia que existe entre ser engendrado y proceder?» (*De Trin.*).

Paso ahora á contestar á vuestra segunda observacion, relativa á las pruebas y á las explicaciones de este misterio por medio de ejemplos tomados de la naturaleza. Verdad es que muchos Padres y Teó-

logos han hecho uso de estos ejemplos con bastante frecuencia, pero sin dejar de advertir que estas comparaciones no pueden corresponder en manera alguna á la sublimidad del misterio, ni dar una verdadera idea del mismo, supuesto que, segun sus propias expresiones, dista infinito de todos los objetos naturales á que se quiere asimilarlo. Algunos escritores, aunque de intenciones muy puras y muy rectas, procuran en nuestros dias introducir en la enseñanza religiosa esta manera de explicar los *dogmas católicos* como un medio muy conducente para hacerlos aceptables á todos; pero no deben olvidar que este medio ofrece muchos peligros y los expone á alterar nuestros sagrados misterios, haciéndolos descender al orden natural. El objeto y los límites ordinarios de la buena teología y de la verdadera predicacion consisten en establecer su realidad sobre los fundamentos de la sagrada Escritura, de la tradicion y de la doctrina de la Iglesia: traspasar dichos límites y esforzarse en hacer sensibles estos misterios por medio de explicaciones tomadas del hombre, de los astros, de las flores, etc., lo repito, es exponerse á rebajarlos y desnaturalizarlos, mayormente en unos tiempos en que los ánimos tienden á admitir únicamente lo que al parecer se les alcanza, y de la manera con que creen alcanzarlo <sup>1</sup>.

Antes de entrar en las explicaciones relativas al misterio de la Encarnacion, examinaremos si Dios hizo conocer á nuestros primeros padres, despues de su caída, al Redentor destinado al género humano, y si posteriormente se conservó de una manera constante entre los hombres esta creencia en un Redentor. Los Padres de la Iglesia están acordes en reconocer en las palabras que Dios dirigió al demonio: La mujer quebrantará tu cabeza, *ipsa conteret caput tuum*, la primera manifestacion de la redencion de los hombres <sup>2</sup>. Adán y Eva debieron comprender el sentido de estas palabras proféticas, concibiendo esperanzas de salvacion tanto para sí como para sus descendientes.

En efecto, Eva manifiesta en estos términos la felicidad de ser madre: *He adquirido un hombre por merced de Dios* <sup>3</sup>. Cain y Abel ofrecieron sacrificios á Dios: el primero, aun en el acto de formar proyec-

<sup>1</sup> No dejan de observar los Racionalistas este modo de explicar la Religion, que para ellos es punto menos que un triunfo. La Religion y la filosofia, dicen, ya no reconocen, como en otro tiempo, jurisdicciones distintas. Los oradores de la Religion tienen una tendencia íntima á filosofar, porque sin advertirlo obedecen al racionalismo del siglo. (*Revista de ambos mundos*, t. XXVI, 6 l.).

<sup>2</sup> Gen. III. — <sup>3</sup> Ibid. IV.

tos homicidas, recibe la seguridad de que podrá dominar su concupiscencia contrayendo méritos á los ojos del Señor; tampoco deja de mentarse la piedad y la justicia de Abel, de Set, de Enoc y de Noé, y todos estos hechos arguyen claramente no solo que nuestros primeros padres tuvieron noticia de la redencion casi inmediatamente despues de su pecado, sino tambien que transmitieron esta noticia á sus hijos<sup>1</sup>; porque de lo contrario ¿cómo podria explicarse la alegría de Eva al nacimiento de Cain, si solo hubiese debido considerarle como el heredero de sus desgracias? ¿Cómo es posible que los hijos de Adan ofrecieran sacrificios sin la esperanza de hacerlos agradables á Dios? ¿Qué significa el mérito posible al fratricida Cain sino que el Señor habia cambiado el destino del hombre abriéndole los brazos de su misericordia? Dios habia dirigido á los culpables algunas palabras de gracia, anunciándoles un mediador que debia restituir al hombre las esperanzas y las prerogativas sobrenaturales que habia perdido por el pecado; y en virtud del mérito de la fe, Abel es declarado justo, al paso que Enoc fue arrebatado del mundo para sustraerle á la muerte<sup>2</sup>.

Es indudable que unas tradiciones tan importantes fueron transmitidas fielmente á Noé<sup>3</sup>, á su familia, y por ella á las naciones que se formaron despues de la confusion de las lenguas. Mas explícitas fueron las promesas que se hicieron á Abraham, en quien debian ser bendecidos todos los pueblos de la tierra<sup>4</sup>, en el Cristo, como dice san Pablo, *para que la bendicion de Abraham cupiese á los gentiles por Jesucristo*<sup>5</sup>. Esta fe se conservó viva en los hijos del santo Patriarca hasta la época en que Moisés dirigia á Dios esta súplica solemne: *Suplicote, Señor, que envíes al que has de enviar*<sup>6</sup>. Inútil es en mi concepto demostrar que los judíos esperaban al libertador prometido, pues sus libros sagrados, sus sacrificios y toda su historia tenia por objeto la venida del Mesías, que era el grande acontecimiento de la nacion.

En el tiempo señalado por los Profetas aparece Jesús de Nazaret, que se titula el Mesías, el Enviado, el Hijo de Dios é igual á Dios, que se proclama Dios, y que para justificar hasta la evidencia la verdad de sus palabras hace los mas notables milagros. Por los Evangelistas sabemos cuál fue su vida, su muerte, su resurreccion y su ascension gloriosa, al paso que su Iglesia, que lleva diez y ocho siglos de existencia, se conserva santa y católica en medio de las pasiones,

<sup>1</sup> Dr. Lieberman, *de Redempt.* — <sup>2</sup> Hebr. xi. — <sup>3</sup> Ibid. — <sup>4</sup> Gen. xii. — <sup>5</sup> Galat. iii. — <sup>6</sup> Exod. iv.

como del odio y de la persecucion de sus enemigos, sin que tampoco le falten prodigios por cuyo medio puede demostrarse que está protegida por el brazo del Señor, glorificada por su poder, é ilustrada y animada por su espíritu. Es, pues, indudable que se ha verificado la mediacion del Cristo en los misterios de la Encarnacion y de la redencion de que vamos á tratar.

EL DR. Para fijar mis ideas sobre la naturaleza del Redentor, desearia que diéseis principio á vuestras explicaciones con una reseña clara de lo que se entiende por *encarnacion*.

EL TEÓL. Este término significa absolutamente union con la carne, ó *σάρκωσις* de los griegos; pero en el sentido que le atribuyen la Iglesia y los teólogos significa la union hipostática de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo, de la que resulta el Cristo. En estas palabras se halla indicado el orden que debemos seguir en las cuestiones mas importantes de este misterio, pudiendo reducirse el sumario de nuestras investigaciones á las siguientes preguntas: ¿Tuvo Jesucristo la naturaleza humana y la naturaleza divina al mismo tiempo? ¿En qué consiste la union de estas dos naturalezas? ¿En dónde se verificó?

No es necesario demostrar la existencia de Jesucristo, su aparicion en Judea, ni la verdad de sus brillantes milagros, porque todos estos hechos son históricos y evidentes; de suerte que todos los cristianos los admiten y los creen, á excepcion de algunos protestantes racionalistas, que deduciendo las últimas consecuencias del exámen individual en la interpretacion de los Libros santos, reconocen un mito en la historia de Jesucristo y en el Cristianismo una larga ilusion de diez y ocho siglos. No cumple ciertamente á los Católicos ocuparse en una paradoja tan absurda; mas en cambio los Protestantes están obligados á examinar si esta paradoja se deduce naturalmente de sus principios; y si al fin se ven en la necesidad de confesar lo contrario, fuerza será que estas consecuencias les induzcan á justipreciar su doctrina, como que son suficientes de suyo para caracterizarla.

Bastará con citar algunos pasajes de los sagrados Libros sobre la naturaleza humana de nuestro divino Salvador, puesto que no hay necesidad de establecer una verdad manifiesta. Los Apóstoles, de cuya veracidad no dudais, nos refieren su encarnacion, su nacimiento y las circunstancias de su niñez, pasan á ser discípulos suyos desde el punto que entra en la vida pública, viven familiarmente con él, son testigos de sus milagros, le acompañan en sus viajes, comparten sus comidas y sus fatigas, saben que fue azotado, algunos de ellos le

vieron crucificado, los discípulos colocaron su cadáver en el sepulcro, y la mayor parte de estos hechos ocurrieron en una gran ciudad, en medio de una población numerosa que depone de su verdad con los discípulos del Señor. Después de resucitado, Jesucristo muestra á los Apóstoles las cicatrices de sus manos y de sus piés diciendo: *Mirad mis manos y mis piés: yo mismo soy: palpá y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos, como vosotros veis que yo tengo* <sup>1</sup>. Jesucristo tenía también un alma unida al cuerpo, como lo demuestran sus propias palabras, consignadas en el Evangelio: *Mi alma siente angustias mortales* <sup>2</sup>. *Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya* <sup>3</sup>. *Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu* <sup>4</sup>. Los historiadores sagrados describen sus cuitas y sus temores en el jardín de los Olivos y su muerte en la Cruz, en términos que no dejan la menor duda sobre la realidad de su alma: *Comenzó á angustiarse... é inclinándose la cabeza entregó su espíritu* <sup>5</sup>; y es evidente que estos pasajes no pueden referirse al Espíritu divino, puesto que describen tristezas y temores, señalando una voluntad humana y un espíritu ofrecido á Dios. Digamos, pues, con el símbolo de san Atanasio: «Que Jesucristo es un hombre perfecto, formado de un alma racional y de un cuerpo humano.»

EL DR. No es posible creer lo contrario sin negar la misma evidencia; pero lo que en nuestros días se pone en duda es que Jesucristo sea Dios.

EL TEÓL. Esta expresión se pone en duda me parece exagerada, pues hace muchos siglos que en el universo entero hay millones de cristianos que admiten este dogma como el cimiento de sus creencias, y únicamente le niegan los Deístas, los Socinianos-racionalistas y los Ateos. Entre las autoridades que aducen los teólogos para demostrar este dogma de nuestra fe pueden citarse las siguientes: Isaías anuncia al Mesías como al *Emmanuel*, que traducido significa, *Dios con nosotros* <sup>6</sup>, á quien llama también Dios, *el fuerte*. *Ha nacido un parvulillo... y tendrá por nombre Dios, el fuerte... Los residuos de Jacob, los residuos, digo, se convertirán al Dios fuerte* <sup>7</sup>; y esta es una prueba manifiesta de su divinidad, puesto que nadie debe convertirse sino á Dios. Jeremías le llama Dios empleando el término sagrado é incommunicable de *Jehová* אשר יקראו יהוה <sup>8</sup>; y todos los doctores cristianos han aplicado estas palabras proféticas al Mesías ó Jesucristo, produciéndolas como un testimonio evidente de su

<sup>1</sup> Luc. xxiv. — <sup>2</sup> Matth. xxvi. — <sup>3</sup> Luc. xxii. — <sup>4</sup> Luc. xxiii. — <sup>5</sup> Marc. xiv; Luc. xxii; Joann. xix. — <sup>6</sup> Matth. i. — <sup>7</sup> Isai. ix et x. — <sup>8</sup> Jer. xvi.

divinidad. En el Nuevo Testamento leemos estas expresiones de san Juan: *El Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* <sup>1</sup>, lo que debe entenderse de Jesucristo, como que el Evangelista añade: *y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad*. San Pablo dice que el Cristo es superior á los Ángeles, y le da el nombre de Dios: *Mientras que al Hijo le dice: El trono tuyo, ó Dios, subsistirá por los siglos de los siglos* <sup>2</sup>. *Teniendo la naturaleza de Dios, no fue por usurpación, sino por esencia, el ser igual á Dios* <sup>3</sup>. *El cual es Dios bendito sobre todas las cosas* <sup>4</sup>. El mismo Salvador atestiguaba su divinidad con las siguientes palabras: *Todo lo que este (el Padre) hace, lo hace igualmente el Hijo* <sup>5</sup>. *Mi Padre y Yo somos una misma cosa* <sup>6</sup>. Sin extendernos á citar más textos de los Libros santos, confesemos la divinidad del Redentor con su muy amado discípulo: *Sabemos también que vino el Hijo de Dios, y nos ha dado discreción para conocer al verdadero Dios, y para estar en su Hijo verdadero. Este es el verdadero Dios y la vida eterna* <sup>7</sup>.

Con estos testimonios de la sagrada Escritura podemos oponer á los enemigos de este dogma las tradiciones, los monumentos y la creencia de los Cristianos en el espacio de diez y ocho siglos, todo lo que vemos consignado en sus oraciones públicas, en sus símbolos, en los anatemas fulminados contra los Arrianos y contra los demás herejes que negaron la divinidad de Jesucristo. Este es, pues, verdaderamente Dios perfecto y hombre perfecto. (*Simbol. S. Atan.*)

EL DR. ¿De qué manera están unidas en Jesucristo estas dos naturalezas?

EL TEÓL. Esta unión, como lo hemos dicho al principio de la conferencia, es hipostática ó personal, es decir, que se verificó en la persona del Verbo; porque en la encarnación no hay más que una persona, que es la segunda de la santísima Trinidad, el Verbo, el Hijo de Dios. Atribuyendo los sagrados Libros y la tradición al Verbo encarnado, es decir, al Cristo, las propiedades de las dos naturalezas que acabamos de examinar, es necesario que estas dos naturalezas estén unidas en una sola persona. Vamos á ver las propiedades de la naturaleza humana atribuidas á Jesucristo: *El Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros* <sup>8</sup>. *Ha enviado Dios á su Hijo, formado de una mujer, y sujeto á la ley* <sup>9</sup>. Vienen en seguida las atribuciones de las calidades divinas hechas al mismo Cristo. San Pablo le llama *heredero universal de todas las cosas, por quien crió también los siglos* <sup>10</sup>.

<sup>1</sup> Joann. i. — <sup>2</sup> Hebr. i. — <sup>3</sup> Philip. ii. — <sup>4</sup> Rom. ix. — <sup>5</sup> Joann. v. — <sup>6</sup> Ibid. x. — <sup>7</sup> I Joann. v. — <sup>8</sup> Ibid. i. — <sup>9</sup> Galat. iv. — <sup>10</sup> Hebr. i.